

Retiro n° 35 - Junio 1960 –

Acto primero

SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS – AMOR AFECTIVO

El retiro de hoy, correspondiente al mes de junio, se encuentra enmarcado entre dos fiestas hermosísimas: la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús y la de la Preciosísima Sangre de nuestro Señor¹. El corazón, símbolo de amor, y la sangre, prueba de amor.

El amor no está en el sentimiento. El sentimiento depende muchísimo del temperamento de cada persona, de impresiones, de circunstancias... El sentimiento, además, no está en nuestra mano. Yo no puedo “sentir” cuanto quiero. Y, si no está en nuestra mano tenerlo, tampoco lo está no tenerlo. Podré yo superarlo, podré hacer cuanto sea para difuminarlo, pero en sí, no está en mi mano evitarlo. Habrá circunstancias en que la noticia de la muerte de un ser querido me deje como insensible, y habrá otras ocasiones en que cualquier cosita me cause tal impresión que me embarga el sentimiento.

Comprenderéis que, si esto es el sentimiento, esto no puede ser el amor. Hay una razón poderosísima para ello: el amor cae bajo un precepto: “Amarás a Dios”. Y un precepto nunca puede recaer sobre aquello que no está en nuestra mano, que depende de circunstancias, temperamentos, caracteres, impresiones, etc. El precepto cae sobre la persona siempre, en cualquier lugar y circunstancia.

¿Qué hacer ante el sentimiento? En primer lugar, no buscarlo. Eso de empeñarme yo en que el Jueves Santo a las 11:25 comience a llorar, y que me dure hasta la una menos cuarto, porque a esa hora ya... ¡No forcemos las cosas! No busquemos nunca el sentimiento. Tampoco procurar cosas con intención de que nos exciten el sentimiento. Yo sé que, si leo tal o cual, me pongo... Ah, pues a leerlo a menos cinco, porque a las seis entro en la oración. No lo busques. No lo intentes.

No lo pidas. No es una gracia de las necesarias, y a veces, ni de las convenientes siquiera. Podemos engañarnos a nosotros mismos, y medir nuestro fervor y nuestra santidad y nuestra perfección y nuestra virtud por el sentimiento. Eso es muy peligroso, y en ello caen fácilmente casi todas las almas. Y así, juzgan de una temporada de su vida que fue muy buena porque fue una época de mucho fervor sensible, de mucha impresión, de mucha afectividad: “Cómo

¹ En esa fecha la Preciosísima Sangre de Nuestro Señor Jesucristo se celebraba el 1 de julio.

amaba yo al Señor entonces!” Sin darse cuenta, están equiparando el fervor auténtico al sentimiento sensible, que no tiene nada que ver con aquel. No pedir el sentimiento.

No rechazarlo, si no es excesivo. Si es excesivo, sí. Bien está que ante la Cruz sientas... Pero si ya es una cosa que llega a alterarte en exceso... no. Todo lo que es excesivo no es conveniente. Más bien es peligroso. Ahora, si el Señor te convida, te da, no lo rechaces. Qué duda cabe que, en circunstancias especiales de la vida, el sentimiento nos facilita la práctica de la virtud, el ascenso hacia la perfección y santidad. Sin duda ninguna. Nos suaviza el esfuerzo de la oración, nos hace gustosa la misma mortificación y austeridad. Si el Señor nos lo da, pues bendito sea. Aprovechalo. Pero no te engolosines. No hagas depender todo de ello, no te entretengas con el sentimiento, ¡no pierdas el tiempo!

–“Ay, qué suave es el Señor”.

– No hombre, no: ¡cuánto te gusta el caramelo! Al Señor le tienes medio olvidado.

Como hay crisis, hay momentos difíciles en que el horizonte está completamente cerrado, el Señor no es raro que brinde ese alivio. Pero no te detengas en él. Porque por encima de todo hay una cosa objetiva, fundamental: la vocación, la voluntad de Dios. Sienta el alma o no sienta. Comprenderéis que si fuera a depender todo del sentimiento, estaríamos jugando al escondite:

– Hoy siento dulzura y tal: tengo vocación.

Pasado mañana:

– No siento nada: no tengo vocación.

Eso no puede depender de un sentimiento, que viene y va. La puerta no está con un abre y cierra, así como en un hotel. Cuando sobrevienen las tentaciones, las luchas, los momentos difíciles, las crisis –y son constantes en la vida– han de prevalecer las virtudes, que deben ser cabales.

El amor no está en el sentimiento, pero el amor verdadero siempre tiene un sentimiento, que yo digo “sui generis”. El amor une dos corazones. Entonces, nos hace sentir los sentimientos del corazón del amado. Un corazón “siente” los sentimientos del otro corazón. Están “sincronizados”: sus alegrías, sus penas, sus deseos, sus ansias. Este sentimiento sí que es de buena ley. Tanto, que no sentir esto es señal de que no se ama de verdad.

Si yo amo al Corazón de Jesús, yo tendré los mismos sentimientos del Corazón de Jesús, aunque la sequedad y la aridez me acompañen. Si Él siente el dolor de los pecados de las almas, aunque yo esté más frío que el hielo y más duro que el mármol, sensiblemente

hablando, yo “siento” con Él el dolor del pecado de las almas. No hace falta que llore ni me conmueva. Este es el **amor afectivo**: “afectarse” con los mismos sentimientos.

El Corazón de Jesús tiene unos grandes sentimientos: El sentimiento de la gloria del Padre Celestial. El sentimiento del amor a la Iglesia, su Esposa, su Cuerpo Místico. Y tiene otro gran sentimiento: “pro eis”.

“Ellos” van a dar la gloria al Padre, porque van a actualizar, a través del tiempo y el espacio, el gran acto de la Cruz, el sacrificio que dio más gloria al Padre. Ellos van a ser los que atiendan a esa Iglesia y la extiendan con su misión. “Ellos” son los pastores de las almas, a las cuales van a administrar la gracia salvadora. “Ellos”, cuanto más santos, mejor, para que sean instrumentos cada vez más aptos, fructíferos y eficaces. ¿Tengo yo estos mismos sentimientos? ¿Siento al unísono con el Corazón de Cristo Sumo y Eterno Sacerdote la gloria del Padre, la honra de la Iglesia, el bien de las almas, la santidad de “ellos”?

Pedir al Señor y procurar que crezca en nosotros cada vez más ese amor afectivo hondo, serio, tranquilo, profundo, verdadero.

Acto segundo

AMOR EFECTIVO

No se pueden sentir de verdad los sentimientos de Jesús sin vivirlos tal como los vivió Él. Ahora pues, estamos ya hablando del **amor efectivo**. Y entonces, lo primero, hay que pensar en las maravillosas palabras de san Juan Evangelista: *No amemos de palabra y con la lengua, sino de verdad y con obras*². Esta frase la traduce un refrán que todos conocemos: “Obras son amores y no buenas razones”. He aquí lo que podemos llamar el primer paso del amor efectivo: obras.

Lo de aquella parábola del Evangelio, del padre que manda al hijo a la viña: “Sí, sí, sí”. Y no va. Y el que dice: “No me da la gana”, luego reflexiona y va. ¿Quién ha obedecido? ¿Quién ha amado de verdad? ¿El que dijo y no hizo, o el que se rebeló y por fin lo hizo? Naturalmente que el segundo. Se trataba de ir, y fue. No se trataba de decir y de prometer. La palabra misma lo dice: efectivo, efectuar, hacer de verdad. Hacer efectiva una cosa es realizarla. El amor efectivo es el que no se contenta con estar gozándose en el afecto, sino que va a la obra.

²1 Jn 3,18

Ahora, aquí no nos podemos quedar. Porque incluso en las obras nos podemos buscar nosotros. Claro, si nos buscamos nosotros, ya no hay amor verdadero, que es buscar al amado. El amor egoísta se busca a sí mismo, se ama a sí mismo; y el verdadero, ama al otro, aun a costa de sí mismo.

Cuando ese amor efectivo supera la gran dificultad del sacrificio, la abnegación, el vencimiento, etc. es cuando se demuestra el grado de amor que tenemos. Y, naturalmente, el grado supremo es dar la vida. Mirad que Jesucristo no dijo “Esta es la mayor prueba del sacrificio”, sino *Esta es la mayor prueba del amor*³. En definitiva, pues, no se trata más que de amar. El sacrificio no es más que la prueba del amor, que cuando llega al máximo es dar la vida, por ejemplo con el martirio, o con toda una vida abnegada, lentamente consumida hasta el fin aquí en la tierra. Eso es la gran prueba de amor. Jesucristo, al dar la vida por todos nosotros, dio así la máxima prueba de amor que puede darse. ¿Veis cómo la sangre es símbolo del amor efectivo, en el grado máximo, de la misma manera que el corazón es un símbolo del amor afectivo? Amores ambos que en Cristo son tan reales y tan verdaderos.

Para eso estamos en la vida. Nuestra vida consagrada al Señor tiene que terminar o por un martirio en el que demos materialmente la última gota de sangre, o por una consumación en la verdad de una vida consumada gota a gota. Pero ambas cosas tienen una palabra propia: santidad.

La santidad es amor. ¡Cuántas veces lo hemos dicho! Un amor, ciertamente afectivo, pero que tiene que llegar a la región de la efectividad. O sea, “tener los sentimientos de Cristo” está derivando hacia ese ir viviendo –cada vez más y mejor– como Él vivió.

La santidad tiene como tres partes: una negativa, otra positiva, y podemos llamar a la otra parte unitiva.

Parte negativa: *Abneget semetipsum!* Hay que negarse a sí mismo. Es el puro amor el que tiene que reinar aquí. Y, por lo tanto, aquello que no es plenamente compatible con los sentimientos del Corazón de Cristo: *abneget*, hay que decir “¡no!”.

Parte positiva: *Tollat crucem suam.* Es ir directamente ya a tomar la cruz, a cogerla y abrazarla. ¿Cuál? Pues toda la que se presente. Sobre todo, situados en la parte positiva de la santidad, cueste lo que cueste, hay que practicar las virtudes. Hay que, no tan solo decir “no” a lo negativo, sino que hay que decir “sí” a lo positivo. Hay que ver las almas que no son escandalosas ni pecadoras ni nada de eso, y se salvan... Pero hay que ver la diferencia que va a un alma virtuosa, humilde, abnegada, desprendida, obediente, dulce, mansa de corazón... A

³ Cf. Jn 15,13

todo esto positivo hay que decir que “sí”. Y esto cuesta, y cuesta muchísimo. ¿Veis? Estamos ya en santidad de amor efectivo.

Y la parte unitiva: *Sequatur me*. “Si alguno quiere venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, que tome su cruz, y entonces, que me siga”⁴. Esto es santidad: ir detrás de Jesús, sentir lo mismo que Jesús, vivir esos sentimientos como los vivía Jesús. Ser como Él, la santidad por esencia. Y no olvidemos que en Él lo perfecto, lo que lo redondea, la gran prueba del amor, es la Cruz. El Cristo perfecto es el que ha llegado al *Consummatum est*.

Si la santidad es “ser como Él”, ahí tienes cómo es Él. No te quedes a mitad de camino. No te quedes en el encanto de Nazaret o de Belén. No te quedes en la hipnotización que causa el Maestro en Palestina. Llega hasta el final. A ver en qué termina eso. Cómo se realiza el programa. Cómo se hace efectivo todo esto.

Cuando ponemos nuestro corazón frente al de Jesús, para confrontar nuestro amor con el suyo; cuando se trata de identificarnos con Él, bien está que nos enamore el crucifijo, pero no podemos olvidar que el “Cristo completo” es el Cuerpo Místico: la Iglesia.

Entonces, las obras, los sacrificios y la abnegación, el llevar la cruz, etc., no podemos separarlo y realizarlo por cuenta exclusiva nuestra. Decía san Pablo: “Hay que *completar* en nosotros *lo que falta a la pasión de Cristo*”⁵. ¿Qué quiere decir esta frase? Que lo que la Cabeza padeció y completó en cuanto “Cabeza” tiene que completarse asimismo en los miembros, que somos nosotros.

Entonces, la santidad, además de ser amor a Dios, es caridad hacia el prójimo. Y el mismo que dijo “No amemos con la boca y la palabra, sino de verdad y con la obra”, es el que dijo también: “No digas que amas a Dios, a quien no ves, si no amas al prójimo, a quien ves”⁶.

La caridad está exigiendo lo de antes: *abneget semetipsum, tollat crucem suam, sequatur me*. Está exigiendo la abnegación que más cuesta: el yo, el vencimiento de sí mismo, el sacrificio del egoísmo, el olvido de sí propio. Y esto ya es algo muy serio.

Cuando el ejercicio de la virtud, como es en la caridad, consiste precisamente en el “Yo no” – esto es, en la negación plena del egoísmo–; cuando ya no hay nada ni nadie que pueda compensar, esto está requiriendo el grado máximo de “dar la vida” por el hermano. Es la frase

⁴ Cf. Mc

⁵ Cf. Col 1,24

⁶Cf I Jn3,18; 4,20

de san Juan: “Hermanos, Él dio la vida por nosotros. No está de más que nosotros la demos unos por otros”⁷.

Aquí se da la unión con Dios. Hasta aquí, todo es compatible –así somos de miserables– con un poquito de egoísmo, con un buscarse a sí mismo en todo. Pero, cuando se trata de los demás, del amor real y efectivo a los demás, no puede en manera alguna tener cabida el yo.

Y esta es la gran doctrina del Cuerpo Místico, que cada vez hemos de vivirla más intensamente. Bien está la austeridad y la penitencia corporal y la mortificación física; y hasta todo ese mundo interior, en donde también ejercitamos ese dominio y esa abnegación. Bien está la práctica de la virtud, con la mira puesta en Él, que es nuestro modelo y ejemplar. Bien está el seguirle por amor, para ser “como Él” en todo. Pero, la gran prueba está en que cojamos todas esas virtudes y las pongamos siempre al servicio del prójimo, aun a costa nuestra. Siempre, al servicio del prójimo.

Y entonces, no hay más que hacer de nuestra vida una victimación de holocausto, ¡por amor! Eso siempre. Es lo que da el valor.

Y como nosotros este problema lo vemos siempre a través de una orientación determinada, entonces nuestra victimación, que sea por amor al Señor, pero “para ellos”; y mediante “ellos”, para todas las almas. Y entonces, tenemos aquí ya la gran virtud de la caridad, que abarca toda la familia humana, Cuerpo Místico de Cristo, la Iglesia. Por amor, para “ellos”. Por amor, mediante “ellos”, para todas las almas.

Que junto al Corazón Divino de Jesús –amor afectivo– esté la Preciosísima Sangre de Cristo –amor efectivo–. No olvidemos que el corazón envía la sangre limpia a todo el organismo para dar vida al ser.

Que en nosotros haya un corazón –amor afectivo– que lance amor efectivo, que será lo que nos dé vida, y vida cada vez más abundante, y vida verdadera. Porque en amar está el vivir en la tierra y el vivir eternamente en el cielo; mediante el amor a ese Amor Eterno que nos amó desde toda la eternidad.

⁷Cf I Jn3,16